



PENTECOSTÉS

**“Sopló (sobre ellos) y les dijo: ‘Reciban el Espíritu Santo’
“El Espíritu de la verdad los guiará hasta la verdad completa”**

Luis Fernando Crespo

No olviden leer los Textos Bíblicos antes del Comentario

Lecturas: Hechos 2,1-11; 1 Corintios 12,3-7.12-13; Juan 20,19-23

Se celebraba la fiesta de Pentecostés a los cincuenta días de la Pascua judía y en ese contexto acontece la irrupción del Espíritu Santo en la asamblea reunida de los discípulos de Jesús para cambiar radicalmente el curso de la vida de quienes estaban encerrados “por miedo a los judíos”. En adelante se presentarán ante el pueblo como testigos audaces de Jesús, actuando y hablando con “valentía” (Hech.4,13.29.31).

Las tres lecturas del día coinciden en torno a la presencia y acción del Espíritu Santo en la nueva comunidad eclesial. El evangelio de Juan, que en los capítulos anteriores había recordado reiteradamente la promesa de Jesús, sitúa en el mismo domingo de Pascua el don del Espíritu: “Como el Padre me envió, también yo los envió. Dicho esto, sopló y les dijo: Reciban el Espíritu Santo”. Lucas prefiere espaciar los tiempos, como para poner de relieve la densidad propia de cada momento. Así en los Hechos de los Apóstoles ha colocado la ascensión de Jesús al cielo a los cuarenta días de la Pascua y el don del Espíritu santo a los cincuenta, en Pentecostés.

El Espíritu de Dios alentaba ya en el Génesis el surgimiento de la creación y de la vida humana, se hacía presente en la acción de los Jueces para enfrentar las amenazas al pueblo y en los Profetas se manifestaba como Palabra inspiradora para denunciar los extravíos del pueblo y animar la esperanza de una alianza nueva y de una nueva humanidad. El Espíritu es como la presencia sutil de Dios en la humanidad, alienta y aviva en el decaimiento, suscita esperanzas y energías nuevas. De una manera singular hace posible a Jesús, concebido “por obra del Espíritu Santo” (Mt, 1,18), desciende sobre él en el bautismo (Mc. 3,10), lo conduce para iniciar en Galilea su predicación de la Buena Nueva (Lc.4,16), y se manifiesta en sus acciones liberadoras. Como el mismo Jesús aclara: “si por el Espíritu de Dios yo expulso los demonios, es que ha llegado a ustedes el Reino de Dios” (Mt.12,28). En la última Cena, según el relato de Juan, Jesús promete

a los discípulos el envío del Espíritu Santo, “el Espíritu de la verdad”, como protector y abogado (“Paráclito”) que les llevará a la plenitud de la verdad.

El relato de los Hechos simboliza esa irrupción del Espíritu prometido en la forma de “como una impetuosa ráfaga de viento” -a eso alude “espíritu”: en hebreo “*ruaj*” (Gn1,2), brisa, aliento, soplo”- y fuego, que calienta, abrasa, como el amor. En el evangelio de Lucas, Juan Bautista había anunciado de Jesús: “Él los bautizará en Espíritu Santo y fuego”. Los discípulos se sienten transformados, llenos de Espíritu; en adelante salen a anunciar con ardor y valentía el kerigma de Jesús, muerto y resucitado, como el Salvador. Se les había prometido la fuerza del Espíritu Santo para que fueran “mis testigos” en todo el mundo (Hech.1,8). El relato lo expresa bien. La presencia poderosa del Espíritu logra que sus palabras, siendo todos ellos galileos, “cada uno les oía hablar en su propia lengua”. Había en Jerusalén gente venida de todas partes y confiesan que “los oímos proclamar en nuestras lenguas las maravillas de Dios”. Esa es la fuerza y el desafío de Pentecostés: llenos del Espíritu dar testimonio y hablar de manera que el mensaje -el testimonio de Jesús- pueda ser entendido en la propia lengua, cultura, situación. Eso fue lo que se planteó en el Sínodo de la Amazonía y lo que se esperaba de la Asamblea Eclesial Latinoamericana. Es también el desafío evangelizador para cada uno de nosotros: ¿cómo ayudar a nuestros contemporáneos, en el contexto de sus propias búsquedas, sufrimientos y aspiraciones, a descubrir la fuerza liberadora del evangelio, el amor gratuito y la bondad de Dios. Hemos de preguntarnos si nuestro actuar y estilo de vida significan un testimonio que ayude a entender o, más bien, dificultan la comprensión y la acogida de Jesús y de su propuesta de humanidad nueva, fraterna y solidaria; en una palabra: si nuestras obras son realizadas según el Espíritu.

El evangelio de Juan, decíamos, presenta el Espíritu Santo como el don de Jesús, el Resucitado, que hace posible la acogida del envío como prolongación y actualización en el tiempo de su envío por el Padre y de su misión. Jesús estaba convencido de ello. En las palabras de la Última Cena había como diseñado la tarea del Espíritu para la comunidad de los discípulos en el tiempo de su ausencia física: “No les dejaré huérfanos” (Jn.14,18). El Espíritu asegura la nueva presencia de Jesús con los suyos. Le denomina “Paráclito” (Jn.14,16.26; 15,26; 16,7), el que “está al lado” para acompañar y asistir en la dificultad, y “Espíritu de la verdad” (Jn.14,17; 15,26; 16.13) y le encarga una doble tarea: “se lo enseñará todo y les recordará todo lo que yo les he dicho” (Jn.14,26), y “les conducirá a la verdad plena” (Jn. 16,13). No basta con memorizar y repetir las palabras y dichos de Jesús. Así como el Resucitado -dice Lucas- hizo que “se les abrieron los ojos” (24,31) a los dos desesperanzados discípulos de Emaús y “abrió sus inteligencias para que comprendieran las Escrituras” a los discípulos reunidos (24,45), requerimos permanentemente la luz del Espíritu Santo para comprender el verdadero alcance e interpretar hoy el sentido de todo lo que Jesús vivió y enseñó en su tiempo. Jesús fue un hombre de su tiempo, hoy vivimos situaciones y realidades nuevas, es preciso dejarnos conducir por su Espíritu con apertura y audacia -“parresía”, como se reitera en el libro de los Hechos- para responder con fidelidad creativa a los interrogantes existenciales y sociales de nuestro tiempo. Es lo que el Concilio Vaticano II formuló como interpretar

“los signos de los tiempos”. No es mera adaptación a lo nuevo, sino escucha atenta del Espíritu en la novedad de cada tiempo.

Vivimos una realidad desafiante, en su complejidad a veces tan inhumana, en la que resulta difícil descubrir la presencia amorosa y salvadora de Dios. La promesa de Jesús, la del Espíritu que “les recordará todo lo que les he dicho... y les conducirá a la verdad plena” (Jn.14,26;16,13). El Espíritu abre nuestros ojos y nuestro entendimiento para descubrir los nuevos rostros y situaciones de la pobreza inhumana y del sufrimiento de las personas. La pandemia -y ahora el dengue-, los datos recientes sobre la pobreza y la desnutrición -en realidad los datos no hacen más que cuantificar lo que era y es evidente- las condiciones sociales de desigualdad han aumentado escandalosamente el número de las personas que han recaído en la precariedad y el desamparo. El Espíritu nos hace sensibles a “la verdad completa”, la del testimonio de Jesús ciertamente, pero también a la de la crueldad y barbarie de las guerras que causan la muerte y el sufrimiento de miles de personas, que son causadas por el afán de poder de otros seres humanos.

La memoria de Jesús siempre ha reclamado solidaridad efectiva para con los pobres y denuncia de las causas económicas y sociales que generan la desigualdad. La “espiritualidad” -dejarse guiar por el Espíritu- ha impulsado entre nosotros tomas de conciencia, compromisos, estilos de vida, que condensamos en la expresión “opción preferencial por los pobres”. Necesitamos hoy continuar a la escucha del Espíritu Santo, al que un himno litúrgico invoca “Padre amoroso del pobre”, para descubrir y precisar cómo la comunidad cristiana debe responder en este tiempo de incertidumbre y de mucho sufrimiento.

Pablo, en la Primera carta a los Corintios, que hoy se lee, y en otros escritos, presenta con profundidad y claridad la presencia y acción del Espíritu Santo en la vida de los creyentes y en la Iglesia. La vida “cristiana” consiste en dejarse guiar por el Espíritu de Dios “que habita en ustedes” y nos constituye “hijos de Dios”. Es gracias al Espíritu que podemos llamar a Dios “Abbá, Padre” (Rom.8,14-15). Lo mismo leemos en la carta a los Gálatas: “Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama ¡Abbá, Padre!” (Gal.4,6). El don del Espíritu es el ser hijos de Dios que nos constituye hermanos y hermanas entre nosotros. Este reconocimiento resulta hoy de mucha importancia práctica, tanto para mirar con ojos más fraternos y solidarios el deterioro de la brecha social y las condiciones de vida de ese tercio de la población sumido en la pobreza, como para encauzar con mayor sensibilidad la polarización y el enfrentamiento entre pueblos. El Espíritu de Jesús nos recuerda” de manera actualizada en la realidad de hoy “todo lo que él dijo y enseñó”.

El texto de la segunda lectura presenta con profundidad la experiencia de la fe cristiana: “Nadie puede decir: ‘Jesús es Señor’ (fórmula primitiva de la confesión de fe) sino movido por el Espíritu Santo”. La comunidad eclesial habitada por el Espíritu vive de sus dones –“carismas”, “ministerios”-, todos necesarios “para provecho común”. No siempre ha resultado fácil el reconocimiento de la diversidad de los carismas y de los ministerios, como si fueran dados como mérito propio y para provecho de cada uno.

Pablo recuerda, pensando en las tensiones que había en la comunidad de Corinto, y adelantándose sabiamente a las tensiones y divergencias de las comunidades futuras, que “en un solo Espíritu hemos sido todos bautizados para no formar más que un cuerpo”, superando de raíz toda división o pretensión de superioridad sobre los demás. Ser y reconocernos uno en la diversidad. Es la base teológica y espiritual de la sinodalidad: “Porque todas estas cosas las obra un mismo único Espíritu... porque en un Espíritu hemos sido todos (y todas) bautizados para no formar más que un cuerpo” (1Cor, 12,11.13).

Pentecostés, se dice, es la fiesta de la Iglesia como comunidad evangelizadora, “en salida”, samaritana y solidaria. Es el tiempo de repetir la plegaria: “Ven, Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor”.